

LA LUCHA DE CLASES

SEMENARIO SOCIALISTA OBRERO

AÑO IX

Número suelto, 5 céntimos

BILBAO 1.º DE MAYO DE 1902

Veinticinco ejemplares 75 céntimos

NÚM. 390



PRIMERO DE MAYO

ESPECTÁCULO admirable será el que ofrezcan hoy los obreros de todos los países civilizados suspendiendo sus labores en las fábricas, en los talleres, en las minas y en los campos de cultivo para celebrar la universal Fiesta del Trabajo.

Un mismo sentimiento los une; una misma aspiración los anima. Para ellos no hay fronteras ni diferencias de raza. Constituyen una sola familia: la familia de los oprimidos, de los desheredados de la fortuna, de los que sienten hambre y sed de justicia. Por eso se congregan hoy en fiesta fraternal.

Y como tienen noción clara de la injusticia en que se basan las desigualdades sociales, y saben medir el valor de sus fuerzas aunadas, y son perseverantes en su obra de autorredención, llegarán a vencer cuantos obstáculos encuentren en su camino.

Hoy es la fiesta de todos los que trabajan al servicio del capital, sin distinción de obreros manuales y obreros de la inteligencia. Todos están sometidos al yugo de la explotación y á todos alcanzan los mismos sufrimientos. Unos y otros, cuantos padecen bajo la tiranía capitalista, se hallan interesados igualmente en contribuir á que la vida del hombre de trabajo deje de ser una sucesión no interrumpida de privaciones y penalidades.

Conviene, pues, que la actitud defensiva de cuantos están sometidos á la dura ley del salario sea más imponente cada vez, para que la clase burguesa, que vive á expensas de la ajena labor, no siga obstinándose neciamente en rechazar las justas reclamaciones de sus explotados.

Las manifestaciones en la vía pública, los mitins, las conferencias, las veladas, las jiras que se celebren en este mismo día y en distintos países serán nuevas muestras de que la clase trabajadora piensa y siente al unísono y espera confiadamente la llegada de días mejores.

¡Hagamos honor á la fiesta del trabajo!

Ella es el jalón que ponemos cada año en el camino que ha de conducirnos á nuestro triunfo.

LA REDACCION.

FIESTA UNIVERSAL

EL día 1.º de mayo celebrará la clase obrera una fiesta en todo el mundo civilizado. No es una fiesta peculiar á esta ó la otra nación, región ó localidad, sino universal.

Más como cada país tiene su carácter propio, carácter propio ha de tomar también la tal fiesta en las distintas regiones. Aunque el fondo del sentimiento sea el mismo, distinto tiene que ser el modo de manifestarlo.

El ideal mismo socialista, aunque en su fondo uno y el mismo para el proletariado de todos los pueblos, al encarnar en la vida de éstos tiene que manifestarse de diversas maneras. Así en el país vasco, fuente de antiguos y muy arraigados prejuicios, le com-

pete al socialismo la labor de combatirlos. La tarea principal hoy del socialismo en el país vasco ha de ser pelear contra el particularismo regional y predicar que la tierra es para el hombre, sin que haya derechos de primer ocupante. Un obrero nacido en otra región que vaya á esa y en ella trabaje, regando con su sudor la tierra vasca, puede alegar mayor derecho á ella que el propietario ocioso que, siendo hijo del país, no puede alegar otro que el haber heredado de sus padres una porción de dicha tierra. El absurdo derecho histórico de troncalidad no puede compararse al que da el trabajo. El fondo del regionalismo es un fondo económico; es una de las varias formas que para defender sus insostenibles privilegios inventan los felices poseedores.

El carácter de universalidad es lo que da tono y carácter á la

fiesta del 1.º de mayo en un pueblo como Bilbao, donde la injusticia social se disfraza de amor á la región.

Miguel DE UNAMUNO

LOS HAMBRIENTOS

HAY quien ve en ellos los mejores soldados de la revolución social.

No es así.

Los obreros hambrientos, que, como es natural, son los más ignorantes, lejos de tener carácter revolucionario, constituyen el principal sostén de los privilegios.

Sólo á remolque van algunos á la organización económica, donde forman el grupo menos disciplinado y más peligroso en

trario, se debe procurar que todos los que en él militan se alimenten lo mejor posible, no realicen un trabajo aniquilante y hagan funcionar su inteligencia.

Quien come bien, hace labor mesurada y ejercita su cerebro, no puede menos de ser hombre activo, tener voluntad, poseer energías y defender con convicción las ideas que sustente.

Hombres así son los que el Socialismo quiere y los únicos capaces de hacer la revolución.

Por eso, hoy la tarea primordial del proletariado constituido en partido de clase y organizado en Sociedades de oficio es mejorar la situación económica de los suyos, disminuir las horas de trabajo y hacer que cultiven su inteligencia.

El día que los asalariados vigorizan su cuerpo y desarrollen su intelecto, será el último del régimen social imperante.

Pablo IGLESIAS

ALREDEDOR DE 70.000 Duros

SE han enterado los lectores de este semanario de que don Isidoro Fernández Flórez ha dejado, al morir, una herencia de 70.000 duros, y de que la mayoría de ella consiste en acciones del periódico de gran circulación *El Liberal*? ¿Recuerdan

haber leído, hace unos dos años—pues entonces lo dijo este mismo periódico y lo repitieron otros—, que las mentadas acciones se cotizaban en el mercado á 800 por 100, y que, por consiguiente, rinden, cuando menos, de un 45 á un 50 por 100 de utilidades? ¿Saben que el señor Fernández Flórez era el presidente de la Junta de accionistas de *El Liberal*, fuerte copropietario y amo del mismo y que en la casa, redacción y administración del susodicho diario no se movía una paja, según dicen, sin permiso del referido señor?

Pues enlacen en su mente todas estas cosas, y acaso hallarán la clave de ciertos enigmas que con suma frecuencia presenta á los profanos la conducta de los llamados rotativos. No olviden, v. gr., lo que hizo el *Figaro* de París, en el asunto Dreyfus, cuando esta cuestión empezó á conmover los ánimos en Francia.



ACCIDENTE DEL TRABAJO

toda lucha con los patronos. A la acción política en pro de sus intereses, no acuden jamás, siendo, en cambio, los que más se prestan siempre, por un puñado de céntimos, á servir á los enemigos de su clase.

Cuando se exasperan, animanles tan sólo sentimientos de venganza y de destrucción ó afán de apoderarse de algo que les permita comer uno ó más días. Dominada por la fuerza su exasperación ó calmada con mezquinas limosnas ó engañosas promesas, muéstranse serviles y lacayunos.

De revolución verdadera no tienen idea, desconocen el compañerismo y es incomprensible para ellos el hermoso principio de solidaridad entre los explotados. A lo sumo, pueden ser agentes ciegos de una causa justa.

No; no hay que apetecer que el ejército proletario se componga de hambrientos. Por el con-

Es, poco más ó menos, lo que hacen todos los periódicos «de empresa», únicos que viven hoy, como es bien sabido. Dentro de las arterias y venas de la gran prensa, las cuales pueden muy bien representarse por los renglones de sus columnas, no bulle más sangre que la peseta, el duro ó el billete de Banco.

A ver: que me enseñen un periodista que sin casarse con la mentira, con la doblez ó la adulación, no haciendo equilibrios para congraciarse con todo el mundo, pueda vivir cómoda y holgadamente y dejar, á su fallecimiento, una fortuna de 70.000 duros. Hable, por ejemplo, don Alfredo Calderón, y diga si él sería capaz de milagros tales.

Otra cosa. Los herederos de *Fernanfior* no son hijos suyos, ni padres, ni viuda, ni hermanos suyos; son unos extraños. ¿Qué contestarán en presencia de este hecho—que no es raro, sino, al revés, frecuentísimo—, los que no pueden figurarse la posibilidad de una organización social desprovista de la institución de la herencia en los bienes, por lo menos, de los hijos en los bienes de sus padres, alegando que, si tal sucediera, nadie trabajaría por constituirse un patrimonio propio, que al morir no podría legar á su familia?

P. DORADO

PREGUNTAS

La lucha por la vida no cesa y la ley de adaptación llama á todos; el fuerte vence; la íntima biología reobra sobre nuestra voluntad; los sistemas filosóficos se combaten; la esfera marcha.

Resurgen también leyendas heroicas y sentimientos belicosos, se despiertan los instintos de la brutalidad en cánticos que enardecen; brillan las armas al sol; cada paso es un himno, cada montaña una epopeya.

Por otros lados se elevan clamores diversos; el imperio de la riqueza pasa sobre el derecho, la caridad, la justicia, que los hombres concibieron; masa caótica, de formas ignoradas, se percibe en la obscuridad.

De todas partes parece brotar confusión. Entre choques, depresiones y alturas, amenazas y temores, el sentido se pierde, y el espíritu anhelante cae fatigado en impotencia ó se exalta en frenética tensión.

¿No hay faros fijos? En el actual estado de nuestra razón, ¿no hay principios que no varíen, ni procesos que no claudiquen? Los postulados del sano juicio, de la racionalidad y de la existencia bienhechora, ¿son errores, son equivocaciones, son maldades, son expresiones de un inmenso mito? ¿Es, por ventura este mito la totalidad? ¿Es esto una rueda giratoria de estulteces y locuras,

ó una danza de mentiras y crueldades?

¿Podrá extrañarnos que el poeta lance querellas de honda desesperación, tras idealismos que se le hicieron pedazos? ¿Nos burlaremos de las amargas lágrimas del humanista, encerrado en el dolor del pesimismo incurable? ¿Pegaremos al filósofo que huye de la muchedumbre y se entrega á pura afirmación individual en las mesetas elevadas?

¿Será que las perspectivas históricas son como las visuales? ¿Tenemos que ver la historia de lejos, como el paisaje? ¿No hay que cambiar los ejes sociales y la organización de las sociedades humanas?

Los hombres buenos é inteligentes, que están aislados, ¿no pueden reunirse? Los hombres buenos que necesitan de enseñanza, ¿no pueden seguir á los buenos maestros?

Alejandro GUICHOT

EL CONCEPTO DE LA HONRADEZ

Con frecuencia se oye decir:

—«Fulano es una persona muy honrada. No se mete con nadie, no anda en política, ni vota por este partido ni por el otro, y está solamente á sus asuntos...»

Mentira. Hay que variar el concepto de la honradez. El que no hace nada por la cosa pública, el que no se expone á un peligro, el que se mete en su casa para ver con indiferencia las ajenas, el que no se desprende de esa paz, es un egoísta y es un malo. Honrado será, desde aquí en adelante, el que más batalla y el que más expone por el bien general. Será honrado el hombre que se exponga en su pueblo á la pérdida de las amistades, al ataque solapado del clericalismo, por mantener diáfana y valientemente las opiniones religiosas. Será honrado el que no quiera votar por quien no merece su confianza, aunque tenga que exponerse á que el amo le despida de la labor.

Tendrá un hombre perfecta tranquilidad de conciencia, cuando saca la cara por otros hombres humillados que sufren una injusticia dolorosa. La paz verdadera de un ciudadano estará en su corazón cuando ayude cada día un poco, sin descanso, sin pérdida de fe, á que la sociedad marche y rompa, á que pase adelante el ideal de que todos tengamos paz y luz, educación é instrucción.

Hay, pues, que batallar con el hierro bien templado de la voluntad firme para destruir ese concepto viejo de lo que es la honradez. Cuando veamos uno de esos hombres que no quiere votar, que no quiere decir lo que pien-

sa en religión, que no rompe una lanza en favor de una injusticia, y que, sin embargo, no se emborracha, no juega, no tiene vicios, es trabajador y *no se mete con nadie*, no lo incluyamos como el vulgo, también egoísta, entre los honrados. Para serlo le faltan precisamente las cualidades más exquisitas.

La abnegación y el amor.

Mejor dicho, le falta una sola cosa.

Le falta el alma.

Es sencillamente un malvado, un cobarde, un cómplice vil de este perverso y horroroso estado de cosas.

R. SÁNCHEZ DÍAZ

PARA QUÉ SIRVE EL SABER

He leído, no sé dónde, que en un mitin ó conferencia un obrero español ha dicho que, en punto á instrucción, lo que á él le importa saber es «cuándo le pica el hambre». ¡Infeliz! No necesita estudiar para sentir la picadura del hambre. Tiene ella medios sobrados para llamar la atención de quien la padece. Pero no es saber que tenemos hambre lo que nos importa, sino saber cómo hemos de satisfacerla, y no de un modo ocasional y pasajero, sino con la suficiente garantía para el porvenir. Ahora bien: el conseguir esto es ya obra de instrucción y de educación.

La Historia nos enseña que ha habido hombres—masas de hombres—que han sentido hambre y la han sufrido sin protesta, por creer que era un hecho naturalísimo ó merecido, dada su posición. Otros, faltos de la conciencia de su dignidad personal y de sus derechos, han vivido durante siglos explotados; y de no hacer mucho es el caso de que gran número de negros esclavos de los Estados Unidos, en vez de unirse, cuando la guerra de secesión á los que querían darles libertad, combatieron contra ellos al lado de los amos.

A un industrial muy rico, pero no muy culto, de cierta población cuyo nombre callo, he oído calificar de «revolucionaria» y «subversiva» toda instrucción dada á los obreros, y lo decía con motivo de haber ido á dar allí una conferencia científica un compañero mío. Preguntado el industrial en cuestión acerca del fundamento de aquellos calificativos, contestó:

—¡Claro! El día que los obreros sepan tanto como nosotros, no habrá quien los maneje.

Tiene razón. Cuanto más cultivado está el espíritu, mejor conoce sus necesidades y sus prerrogativas, mejor aprecia el valor de la personalidad y de las relaciones sociales y de un modo mas firme, más seguro y más racional sabe luchar por el derecho.

Los grandes revolucionarios de la Historia han sido todos hombres de cultura, y por tenerla han visto claro lo que hasta ellos parecía oscuro y han podido mover á las masas con el calor de sus convicciones. Acordémonos de los enciclopedistas franceses, de Lasalle y de Marx.

Rafael ALTAMIRA

El privilegio es un gusano que corroe insensiblemente la libertad.

MAQUIAVELO.

LA RECTIFICACIÓN DE LA LIBERTAD

Yo me admiro de la hinchada vanidad con que se ufanan nuestros hombres del 68, que son todos nuestros hombres políticos, del gran bien que han proporcionado al pueblo con la conquista de las libertades públicas; yo me río cuando nombran la libertad con santo fervor, cuando la enarbolan siempre como enseña perdurable de bienestar y de progreso, y proclamando que con la libertad se ha conseguido ya todo, y que no resta más que mantenerla, custodiada como reliquia divina. El gran Castelar, restauradas en el año 1888 las libertades perdidas en el 74, dió de mano á su poderosa labor de hombre público, y estimando que en punto á libertad no había ya nada más que hacer, se consagró de por vida á su diaria tarea en la literatura. Si se quisiera tener una prueba decisiva del absoluto desinterés con que los políticos españoles han mirado siempre al pueblo, bastaría señalar esta consideración que poseen de la libertad pública, al creéla y aplicarla uniformemente como absoluta universal y única fuente de dicha social. Logrado el derecho de sufragio, el de manifestación los de asociarse y reunirse el de libertad de imprenta, hase creído ya dotado al cuerpo social de todas sus condiciones de vida, de felicidad y de desenvolvimiento. Parece que al pasar y obrar de esta manera, los hombres de la clase media, que forman nuestra clase directora, han presumido, quizás sugestionados por sus ideas á favor de la igualdad, que no existía diferencia alguna de estado entre las clases, y que la de ellos, así como las más elevadas, eran por todos conceptos equiparables á la del pueblo. La libertad política, para la clase media y para la clase alta, fué el completo reconocimiento de la individualidad; mas para el proletariado ha sido un concepto, una condición realmente vana é inútil, si no se la estimara en un gran valor de medio, con relación al cual nuestros directores casi no la han pretendido. Por esto veo yo que no se han cuidado, al otorgarla, del pueblo, que ahora nada podía interesarse por la libertad como único remedio de momento. Han creído que beneficiándoles á ellos, beneficiaría á la sociedad entera; han sido unos ciegos, unos equivocados, mucho más que unos egoístas; han dado á la libertad pública un alcance, una extensión, una eficacia que no tiene.

El pueblo ha colaborado en esa lucha por la libertad política comenzada al final del siglo XVIII, deslumbrado, engañado también; pero dentro de ella ha patentizado siempre la claridad de su instinto, colocando en todo caso junto al movimiento revolucionario de tendencia individual, el hecho y aun el movimiento de carácter social—la conspiración de Babeuf en la revolución francesa, por ejemplo. Desde hace pocos años, desde los siguientes á la restauración más marcadamente, ese instinto se ha convertido en conciencia; el pueblo se ha hecho cargo de su error, ha comprobado la ineficacia actual de la libertad política, ha desistido de ayudar á sus antiguos directores, y ha entablado la lucha de clases, ante la decidida resistencia de la media y de la alta á favorecerle en sus ideales de mejora.

Precisamente ya desde ese Congreso de París del 89, en que fué establecida esta conmemoración anual del trabajo, el pueblo español aparece francamente rectificando el antiguo concepto de libertad, mediante su Partido Socialista Obrero. Las dos terceras partes de la sociedad española, constituyentes del proletariado, pudieran contemplarse con todos sus derechos de sufragio, de justicia, de asociación, de reunión, viviendo una vida miserable, de privación y de embrutecimiento. Ninguno de estos derechos se comprendía. Por no comprenderlos se hacía de ellos mal uso. Aun comprendiéndolos y practicándolos bien, hubiesen carecido de virtualidad para remediar la situación insostenible del pueblo. Y he aquí cómo el Socialismo entendió que lo que primeramente se necesitaba era redimir el cuerpo, libertarle de la miseria, proporcionarle una base, una especie de libertad económica, obtenida la cual ya se sentiría la necesidad de redención del espíritu que libertara la inteligencia y el sentimiento. Con esta institución económica é intelectual, especie de raíz de sostén, luego espontáneamente nacería esa como florescencia de las libertades públicas,

que fueran como una garantía, como una seguridad para la vida y conservación de las otras libertades básicas. Sólo así, mediante esta gradación sucesiva y complementaria, la libertad, de superflua y estéril para el pueblo, convertirás en necesaria y fecunda para el proletariado.

Es ésta la gran obra del Socialismo contemporáneo, la edificación sólida de la libertad bienhechora, rectificando la equivocada fábrica de las revoluciones modernas, que colocaron la corona donde no había cimiento ni cuerpo; que se perdieron en un idealismo falso, hijo de aquella filosofía imaginativa de los finales del siglo XVIII, sin el apoyo real, positivo, de la ciencia de ahora. Así volvemos al buen camino, á la ruta ya emprendida por aquellos grandes hombres del reinado de Carlos III, de la que nos desvió la revolución de Francia, haciéndonos perder un rumbo social y económico que sólidamente nos hubiese llevado más temprano y por igual á la posesión de las libertades políticas, que tal como han sido adquiridas, sólo son practicables y fructíferas para las clases que cuentan con la base económica y con la base intelectual. Sales Ferré, el sabio sociólogo español, ha llamado á esta obra del Socialismo, tendencia salvadora de la sociedad española, que se desmorona, por un exceso de individualismo, en el mismo punto, en la misma situación en que desaparecieron las sociedades de Grecia y Roma.

El único beneficio, verdaderamente, que las libertades públicas pueden prestar actualmente al proletariado, es el de permitirle echar los cimientos de su libertad económica, de su libertad intelectual; mediante aquéllos se crean y viven las asociaciones de resistencia, las sociedades cooperativas, y se celebran los mitins y las manifestaciones y se promueven las huelgas al para que el pueblo se instruye creando escuelas y bibliotecas propias, y pide para sus mujeres las condiciones de cultura y los medios de desenvolvimiento, mediante los cuales, sin pretender utilizarlo en el sentido de acción y de conquista propia del hombre, liberte su vida, y á la par liberte su corazón y su cuerpo, que hoy rinde á las imperiosas necesidades de la existencia. El camino está bien definido, bien trazado. Se ve claramente su huella en todo su recorrido: desde su arranque en las rudas masas societas de los campos andaluces, hasta el principio de su término en las diferenciadas sociedades obreras de Vizcaya, que ejercen ya con perfecta conciencia sus derechos individuales y llevan su influjo y su dirección á las corporaciones administrativas del Estado; desde el heterogéneo y todavía retardado proletariado español, que se atana por su constitución económica, hasta el Partido Socialista belga, que se insurrecciona en demanda del sufragio universal en el momento crítico de sentirlo y comprenderlo y de serle útil para conservar sus conquistas sociales, aumentadas, y llegar, por último, á ser el dueño de los poderes del Estado.

Carlos DEL RÍO

MANDAS BENEFICAS

Los ricos que mueren en España suelen, á última hora, destinar parte del dinero que ya no ha de hacerles falta, á la creación ó sostenimiento de asilos, hospicios ú hospitales.

Bien está que esos filántropos de última hora, se acuerden, en el momento de emprender el gran viaje, de que hay una multitud innumerable de personas que no tienen literalmente sobre qué caerse muertas y les proporcionen un mendrugo de pan en una casa benéfica ó un colchón donde entregar con cierta comodidad el alma al Creador.

Don Juan de Robres, aquel que hizo los pobre antes que el hospital, no deja de ser acreedor á algún agradecimiento. Bien pudo, como tantos otros hacer los pobres y no fundar el hospital.

Sin olvidar á los impedidos y enfermos, esos ricos que se sienten caritativos cuando están dando las boqueadas, debieran hacerse cargo de que su dinero sería más fecundo, dedicado,

mejor que á fundar asilos, á hacer menos imperiosa la necesidad de ellos. Las escuelas están en razón inversa de los hospicios.

El sentimiento de caridad ó de altruismo se entiende mejor en otras partes que entre nosotros. Quizás en esos países haya menos hermanitas de los pobres, menos refugios, menos asociaciones benéficas, etc.; etc., pero hay muchos más centros de instrucción gratuita, más planteles de trabajo, debidos á los testamentos de los millonarios.

Si éstos, no mientras viven, que pedir tal cosa sería pedir gollerías, sino en el momento de morir, destinasen una parte de lo que con duelo en la cara, pero júbilo en el corazón se han de repartir sus herederos, mucho de lo que parece hoy imposible en España sería cosa corriente.

ZEDA

ATRAS © ADELANTE

En discursos, proyectos, comisiones gastando sin cesar tiempo y saliva se van entreteniendo los de arriba en un derroche loco de millones... Se adula á los obreros en la prensa y canta su honradez el Parlamento; (to pero en cuanto se agita el pueblo hambriento siempre: «Aguárdate y dispensa.»

Es justo, es necesario que la farsa se concluya en seguida. La multitud robada y oprimida no debe ya seguir siendo comparsa.

Sinesio DELGADO



CAPITAL Y TRABAJO

UNA ©JEADA HACIA ATRAS

Doce años hace que se instituyó la fiesta del 1.º de mayo, que es como la síntesis de toda la acción pacífica del proletariado. En la evolución histórica, doce años no son más que un momento, y sin embargo de la brevedad de este plazo, se ve claramente que la causa de la justicia ha dado un gran paso.

Los Municipios y los Parlamentos de todas las naciones civilizadas están intervenidos por los intereses obreros; la duración de la jornada ha disminuído generalmente, llegando en muchas partes al límite de las ocho horas; los salarios han mejorado, y en general las reivindicaciones obreras son tomadas en consideración.

En el Estado predomina todavía la clase capitalista; pero esa fortaleza se halla muy quebrantada por los numerosos portillos que abre en ella continuamente el espíritu nuevo. Unos con sinceridad y otros por pose, los hombres de Estado inician por todas partes medidas liberales y leyes con tal tendencia social, que hace veinte

años hubieran escandalizado y hoy son aceptadas sin grandes protestas de la burguesía, que comprende no están los tiempos para intransigencias.

Por otra parte, la opinión pública (factor de primera importancia en la vida moderna) está interesada en esta lucha, y presta su calor y su fuerza todas las veces que los trabajadores aparecen luchando en un terreno firme, donde, además de la justicia de la causa, se ve un método inteligente y un sentido razonable de la realidad de las cosas, una acción bien concertada y juiciosa, perseverante y sensata, no convulsiva y sangrienta, como la de los obcecados anarquistas, que se empeñan en romper á fuerza de cabezadas el muro de las resistencias sociales, muro formidable cimentado en las hondísimas raíces económicas que forman lo más consistente y perdurable de la estructura social.

La perspectiva de estos doce años de acción y de progreso es confortable. Es menester señalarla á todos los trabajadores para que vigoricen su fe en el porvenir. Nada significan ciertas decepciones locales; en el conjunto la marcha hacia adelante está perfectamente marcada, y con mucha más rapidez que la que llevaba hasta hace poco el movimiento histórico. Cuando se trata de revolucionar nada menos que las bases económicas de la sociedad conviene que el avance sea lento, pero continuado. Hace falta que todos confíen en la eficacia de su esfuerzo, que no se desalienten por no ver el

efecto inmediato, porque ante todo esta obra social debe ser desinteresada é ideal, con el pensamiento puesto en el porvenir de la Humanidad más que en nuestro provecho personal.

El mundo, como los ríos, no remonta nunca su corriente, pero es preciso que todos nos intersemos en que haya corriente, que todos cooperemos al movimiento social, al curso imponente que ha tomado en estos doce años la causa de los proletarios y la liberación de toda la Humanidad.

T. ORBE

LA PAZ SEA CON TODOS

Nos duele como hombres y lo lamentamos como socialistas que hermanos nuestros, privados de los nobles afectos de amor y fraternidad, se empleen con inusitado afán y prueben el temple de su alma y su vigor físico en la lucha desordenada y sangrienta de las pasiones, lamentable retroceso á la barbarie de otros tiempos, mejor que en la conquista de las verdades de la ciencia, única fuente de riqueza

de las sociedades y de engrandecimiento y prosperidad de los pueblos.

Ni es culpa nuestra que la fuerza sea la única razón de ser de las naciones y el más poderoso sostén de su riqueza. A todas horas, en todas partes, en la prensa y en el mitin, en público y en privado, nuestros hombres y nuestro partido declaran que las conquistas que los pueblos realizan sólo pueden ser legítimas y duraderas cuando son inspiradas en la razón y la justicia y que la guerra que, como decía Castelar, no es sino un despotismo combatiendo á otro despotismo, representa el entrónizamiento de la barbarie y el retroceso á tiempos primitivos, en nuestras antiguas sociedades, en aquellos tiempos medioevales en que la guerra era la única razón de su existencia y la lucha y la conquista por la fuerza el fundamento de su organización y de su vida; en aquellas épocas, en que el pensamiento y la idea, comprimidos bajo férreos cascos, no tenían fácil expresión, y la justicia y el derecho se discutía á mandobles, ni había otro palenque que el del campo abierto, donde la sangrienta lucha sustituía á la razonada polémica, se comprendía perfectamente el menosprecio de la idea y la legitimación de la fuerza, la razón del más fuerte sobreponiéndose á la ley incontrastable y eterna de la más fuerte razón.

Pero en nuestras modernas sociedades, en que el pensamiento y la idea, la razonada discusión y la sosegada polémica rigen y gobiernan nuestro modo de ser y forman parte integrante y principalísima de nuestra existencia; en estos tiempos en que todo se discute y aquilata, y en que la idea más luminosa y brillante es sujeta y probada en el yunque poderoso de la argumentación; en esta sociedad abierta á todas las ideas y fácil para cualquier pensamiento; en que el parlamentarismo es un vicio y el callar una virtud casi desconocida; en que á todas horas y en muchas partes á la vez, en mitins, academias, sociedades, ateneos, en la prensa periódica, en el folleto y en el libro, apenas nacida una idea, es discutida y razonada de mil modos, y desmenuzada entre las fauces de una robusta y poderosa crítica; en que la fuerza, poderosísima más que nunca por los adelantos de la ciencia, se hace imposible de aplicar por temor á sus terribles estragos, y la diplomacia, con su fino disimulo y sus mafiosas combinaciones, elevada á la categoría de potencia de primer orden, procura evitar por las apelaciones á la razón las apelaciones á la fuerza, la guerra no es ni puede ser nunca sino el último baluarte donde se defiende la Razón vencida y humillada, y el más vergonzoso escudo con que tapar las desnudeces de la idea y las injusticias del procedimiento.

Así, mientras la guerra es la negación de todo principio estético, hambre, miseria y horrores; madres que lloran sus hijos muertos, y esposas que suspiran por lo suerte de sus maridos; sangre y heridas horribles, cruentas amputaciones y destrozos horribles del cuerpo; la destrucción de los poblados y la pérdida de las cosechas; la pobreza de la nación y la ruina de la riqueza; la tristeza del vencido y la insana alegría del vencedor, la paz es la aurora brillante de nuestra existencia, la que ilumina campos rientes de verdura y repletos de madura cosecha, la que aumenta el progreso y empuja á la civilización y la que desarrollando la agricultura, extendiendo el comercio y adelantando las artes é industrias, nos permite un presente próspero y tranquilo, precursor de un porvenir más venturoso (1).

(1) La cuestión social. (Libro del autor del presente artículo.)

Estas son nuestras ideas de siempre y á ellas supeditamos nuestros procedimientos, inspirados en la justicia y amparados por el derecho. Y es señal muy significativa de los tiempos en que vivimos, que nuestra doctrina realiza prosélitos numerosos en todas partes y que hasta en los mismos hombres de guerra comienza á sentirse el influjo de nuestras predicaciones en favor de la fraternidad pacífica de las naciones. Reciente ejemplo, digno de que tenga numerosos imitadores, lo han dado en Bélgica las tropas del Gobierno negándose á ametrallar á hermanos nuestros que pedían protección y amparo para la causa de la justicia.

No está lejano el día, y este milagro habrán de realizarlo nuestras doctrinas, en que los hombres educados por los Gobiernos para adiestrarlos en la matanza de otros hombres, sus hermanos, sentirán instintiva repugnancia á usar de sus armas y cayéndoseles éstas de las manos, abrirán sus brazos al pueblo que pensaban exterminar. Una vez, una sola, que se produzca este fenómeno social, se comprenderá por todos la inutilidad de las Armadas y de los ejércitos, y no será, como hasta aquí, fundamento de las sociedades el poder y la fuerza sino la razón y la justicia.

La paz eterna no es un sueño, como creen ó fingen creer todos los señores de uniforme. Tiempos vendrán en que los pueblos conozcan su verdadero interés y en que la salvaguardia de éste sea todo lo contrario de la guerra, los ejércitos y las batallas. Irán entonces las últimas armas á ocupar, como sus antepasadas, los armarios de las colecciones de antigüedades, para enseñar á las generaciones futuras cómo sus antecesores se desgarraron por millares de años, hasta que al cabo el sér humano triunfó en sí mismo de la bestia feroz (Bebel).

Que lleguen pronto estos tiempos y que la aurora de la paz universal ilumine el mundo y presida los destinos de la Humanidad, es la más levantada aspiración del Socialismo y más vehemente anhelo de todos los socialistas.

Doctor REVILLA

UN ERROR

A su perra mantiene con solomo el burgués don Hermógenes Palomo, y en cambio, el proletario Juan Laguna come tan sólo pan cuando no ayuna.

Por eso Juan Laguna siempre yerra cuando asegura que su suerte es perra.

Alvaro ORTIZ

LAS RIÑAS DE GALLOS

La función empieza á la hora señalada. Un hombre se presenta en el circo con un papel en la mano y comienza á leer; todo el mundo se calla. Da lectura á una serie de nombres que indican el peso de los gallos que van á luchar, porque es de saber que los gallos no pueden pesar más de lo que señala el código del arte. Las conversaciones se reanudan para cesar de repente al poco rato. Otro hombre se adelanta cargado con dos cajas; abre una puerta de la balastrada, sube al estrado y pone las cajas en los platos de una balanza que pende del techo. Dos testigos aseguran que las cajas tienen igual peso: todo el mundo se sienta; el presidente se va á su sitio, el secretario grita ¡silencio!; el pesador y otro empleado toman cada uno una caja, y llevándolas á las dos aberturas opuestas de la barrera, las abren á un mismo tiempo. Salen los gallos, se cierran las puertas y los espectadores guardan por algunos instantes un profundo silencio.

Eran dos gallos andaluces de raza inglesa, sirviéndome de la extraña definición que me dió un espectador; altos, flacos, tiesos como dos husos, con un largo cuello, completamente desplumados de las partes posteriores y del pecho para arriba; sin

cresta, la cabeza pequeña y con un par de ojos que revelaban su espíritu guerrero.

Los aficionados, en estos cortos instantes, juzgan por el color, la forma y los movimientos de los dos animales cuál es el probable vencedor; después se cruzan las apuestas. Es, como se comprende fácilmente, un juicio muy incierto; pero precisamente esta misma incertidumbre da vida al juego. De repente una explosión de gritos interrumpe el silencio.

—¡Un duro por el derecho!—¡Un duro por el izquierdo!—¡Tres duros por el negro!—¡Cuatro duros por el pardo!—¡Una onza por el chico!—¡Va!—¡Va por el negro!—¡Va por el pardo!

Todos gritan, agitan las manos, se señalan unos á otros con los bastones y las apuestas se cruzan en todos sentidos; en pocos momentos se han cruzado más de mil pesetas.

Los dos gallos, al principio, no se miran. Uno se vuelve de un lado, otro de otro, cantan y alargan el cuello hacia los espectadores como preguntándoles:—¿Qué queréis?— Poco á poco, como si no se hubiesen visto, se van mutuamente acercando; diríase que cada uno quiere coger al otro de sorpresa. De repente, con la rapidez del rayo, dan un salto abriendo las alas; se encuentran en el aire y caen esparciendo en torno una nube de plumas. Después del primer choque se quedan plantados el uno enfrente del otro, casi tocándose los picos, como si quisieran arrojar veneno por los ojos.

Luego se lanzan de nuevo uno contra otro con gran violencia, y desde aquel momento se suceden los asaltos sin cesar. Se hieren con las patas, con los espolones, con el pico, se oprimen con las alas de modo tal que parecen un solo gallo con dos cabezas; se suben el uno sobre el vientre del otro, se tiran contra las barras de la balastrada, se persiguen, caen, voltean; poco á poco los golpes son más frecuentes, las plumas de la cabeza vuelan á lo lejos, los cuellos se enrojecen y corre la sangre. Se pican en la cabeza, alrededor de los ojos, en los ojos mismos, y se desuellan con la ira de los furiosos que temen verse separados. Diríase que saben que uno de los dos ha de morir. No sueltan un grito ni un gemido; no se oye más que el ruido de las alas al agitarse, plumas que se rompen, picos que se clavan en el hueso. Y ni un instante de tregua; es una rabia que no cesará hasta la muerte.

Los espectadores siguen con mirada atenta todos sus movimientos, cuentan las plumas arrancadas, las heridas, y el murmullo de las voces aumenta siempre y las apuestas también.

—¡Cinco duros por el chico!—¡Ocho duros por el pardo! ¡Veinte duros por el negro!—¡Va!—¡Va!

Pero llega el momento en que uno de los dos gallos hace un movimiento que revela la inferioridad de sus fuerzas y empieza á dar señales de fatiga. Aunque resiste todavía, sus picotazos son menos frecuentes; diríase que va comprendiendo que está en peligro de muerte. Ya no lucha por matar, sino por no ser muerto; retrocede, huye, cae, se levanta, vuelve á caer y vacila cual si le faltara la cabeza. Entonces el espectáculo empieza á ser horrible. Ante el enemigo que cede, el vencedor se vuelve feroz; sus picotazos son más fuertes, llenos de rabia, implacables, dirigidos á los ojos de la víctima, con la regularidad de la aguja de una máquina de coser; su cuello se alza y se baja como si lo moviera un resorte; su pico busca la carne y se recrea arrancándola á pedazos y destrozándola; después profundiza en la herida y se afana y lucha, cual si buscara fibras rotas; luego pica con pertinaz insistencia en la cabeza, como si quisiera abrir el cráneo y sacar los sesos. No hay palabras que puedan expresar el horror de esos picotazos continuos, infatigables, inexorables. El vencido se afana, se escapa, corre de aquí para allá en su cárcel y el otro detrás de él y sobre él, inseparable como su sombra, la cabeza inclinada sobre la del fugitivo, lo mismo que un confesor, siempre picando, ensañándose y destrozando. Hay algo del asesino, del verdugo en aquella insistencia; tiene el aire de hablar al oído de su víctima, y diríase que acompaña cada golpe de un insulto. «¡Toma! ¡sufré! ¡muere!—¡Todavía no! ¡Toma ese golpe! ¡y ese! ¡y otro más!» Un poco de esa rabia sanguinaria se insinúa en vuestras venas; esa cobarde crueldad os inspira deseos de venganza; quisierais ahogarlo entre vuestras manos, aplastarle la cabeza con los pies. El gallo vencido, lleno de sangre, sin plumas, vacilante, intenta de vez en cuan-

do algún ataque, da algún picotazo, huye y se esconde entre los barrotes de la balastrada, buscando un asilo.

Los jugadores se enardecen y gritan cada vez más fuerte. Ya no pueden apostar sobre la lucha, pero apuestan sobre la agonía.

—¡Cinco duros á que no tira tres veces!—¡Tres duros á que no tira cinco!—¡Va!—¡Va!

En aquel momento oí unas palabras que me hicieron temblar. «¡Es ciego!»

Me acerqué á la barrera, miré al vencido y volví en seguida la cabeza con horror. No tenía piel, ni ojos; su cuello no era más que un cráneo; sus alas reducidas á tres ó cuatro plumas, semejaban dos andrajos; parecía imposible que pudiera aún vivir y caminar, pues no tenía forma de gallo. Y esa ruina, ese monstruo, ese esqueleto manando sangre se defendía aún, se batía en las tinieblas, sacudía sus alas destrozadas, alargaba su cuello hecho girones, agitaba su cráneo al azar, aquí y allá, como los perros recién nacidos. Estaba sangriento y horrible; entorné los ojos para verlo confusamente. Y el verdugo seguía picoteando las llagas, ahondando en las vacías órbitas de los ojos, picando el desnudo cráneo. Aquello no era una lucha; le roía y se hubiera dicho que le quería despedazar sin matarlo. Alguna vez, cuando la víctima quedaba inmóvil, se bajaba para contemplarla con la atención de un anatomista; á veces se hacía un paso atrás y la miraba con la indiferencia de un sepulturero; pero luego volvía ávido como un vampiro, á picotear, herir, destrozarse, con más fuerza y vigor que la primera vez. Por último, el moribundo, parándose de repente, deja caer la cabeza sobre el suelo, cual si le rindiera el sueño, y el verdugo, mirándole atentamente, también se para.

Entonces redóblanse los gritos: ya no puede apostarse sobre las convulsiones de la agonía, pero se apuesta sobre los síntomas de la muerte.

—¡Cinco duros á que no levanta más la cabeza!—¡Dos duros á que la levanta!—¡Tres duros á que la levanta dos veces!—¡Va!—¡Va!

El gallo moribundo levanta lentamente la cabeza; el verdugo descarga rápidamente sobre él una tempestad de picotazos; los gritos se repiten de nuevo. La víctima hizo todavía un pequeño movimiento: nuevos picotazos. Echó sangre por el pico, vaciló y cayó por último. El vencedor, como un cobarde, se echó á cantar. Salió un empleado y se llevó al vencedor y al vencido.

Todos los espectadores se levantaron y empezó entonces una acalorada conversación. Los afortunados, radiantes de alegría; los que salen perdiendo blasfeman: unos y otros discuten sobre el mérito de los gallos y los incidentes de la lucha:—¡Buena pelea!—¡Buenos gallos!—¡Gallos malos!—¡No valen nada!—¡No lo entiende usted!—¡Cállese usted!—¡Buenos!—¡Malos!

—¡Sentarse, caballeros!—gritó el presidente.—Todos se sentaron y empezó otra lucha.

Eché una mirada al campo de batalla y salí del circo. Tal vez no seré creído: este espectáculo me causó más horror que la primera corrida de toros. No tenía idea de una ferocidad tan cruel; nunca hubiera creído antes de verlo, que un animal, después de haber reducido á otro á la impotencia, pudiese torturarlo, martirizarlo, destrozarlo de aquel modo, con el encarnizamiento de la hiena y la voluptuosidad de la venganza. Yo no creía que el furor de un animal pudiese llegar al extremo de presentar el carácter de la maldad humana más acentuada. Todavía hoy, después del largo espacio de tiempo transcurrido, cada vez que me acuerdo de semejante espectáculo, vuelvo la cabeza involuntariamente como huyendo de la horrible vista del gallo moribundo, y nunca pongo la mano en una balastrada sin que baje la vista con la idea de ver el suelo sembrado de plumas y ensangrentado.

•Edmundo DE AMICIS

La miseria es una enfermedad del cuerpo social, del mismo modo que la lepra es una enfermedad del cuerpo humano.

V. Hugo.

INCONGRUENCIAS

Si la memoria no nos es infiel, el año 1893 incurrió la Diputación provincial de Vizcaya en la imprevisión de asistir en corporación á la fiesta del 2 de mayo defiriendo á una invitación del Ayuntamiento de Bilbao.

El entonces alcalde de esta villa, don Eduardo Vitoria de Lecea, pagó aquel acto de deferencia y cortesía de su superior jerárquico con una tremenda censura en pleno cementerio, al pronunciar el discurso de rúbrica en aquel fúnebre lugar, por haber ordenado la Diputación al Ayuntamiento de Alonsótegui, en cumplimiento de sentencia ejecutoria, la inclusión en sus presupuestos de una cantidad para pago de un crédito reconocido por el Municipio, objeto de la mencionada sentencia.

Posteriormente se convocó á una reunión pública en el Teatro, en la que el señor Alzola y otros repitieron las censuras á la Diputación, en términos tales y con tanto estrépito, que los ecos de los fogosos discursos repercutieron nada menos que en el Congreso de los Diputados. ¿Y todo por qué? Ya lo hemos dicho: por haber cumplimentado la Diputación una sentencia firme de los Tribunales de justicia.

Ahora bien: si por esto se apostrofó á la Diputación tanto y tan recio, en pleno cementerio y fuera de él, ¿qué no podrá acontecer este año á la Corporación provincial, que ha compelido al Ayuntamiento de Erandio, sin que medie sentencia ejecutoria ni nada parecido, al pago de cantidades importantes procedentes de la deuda de la guerra, al decir de la mayoría de aquel Ayuntamiento, y que ha denegado la suspensión del pago y el examen y revisión de cuentas pedido por dicha mayoría liberal?

Veremos qué descargos da la Diputación, y qué contesta su liberal y popular presidente, cuando el *idem* de «El Sitio», que no es inferior como lo era el alcalde, ni menos liberal que el señor Vitoria de Lecea, le diga con entereza y arrogancia, no exentas de lógica: «¿Cómo te atreves á presentarte ante los manes de los mártires de la libertad, tú que has ordenado el pago de la pólvora y de las balas que causaron su muerte?»

Porque si es cierto lo que dice la mayoría del Ayuntamiento de Erandio, cabe que parte de las cantidades que se les obliga á pagar procedan de la compra de provisiones de boca y guerra para los carlistas.

x.

Tened cuidado de los caballos, porque son caros; los hombres los tenemos por nada.

NAPOLEÓN.

IMPORTANTE

Considerado el presente número como el ordinario correspondiente á la presente semana, LA LUCHA DE CLASES, una vez que cuenta con los medios que le facilita la nueva imprenta de la Sociedad Tipográfica Popular, reanuda sus tareas á partir del corriente mes de mayo.

Ténganlo en cuenta los suscriptores y corresponsales.